

EL CAMINO HACIA LA VIDA ETERNA



EL CAMINO HACIA LA VIDA ETERNA

*“Entrad por la puerta estrecha . . .
porque estrecha es la puerta,
y angosto el camino que lleva a la vida,
y pocos son los que la hallan”.*

—Mateo 7:13-14

Introducción

“Entrad por la puerta estrecha . . . porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13-14).

Ante la dura realidad de la vida diaria, la mayoría de las personas se preocupan más por la supervivencia que por la vida eterna. Para muchos, la idea de vivir eternamente es algo tan etéreo que no le dan mucha importancia. ¿Para qué molestarse? ¿Acaso no es lo mismo que la búsqueda de la Atlántida o del Santo Grial?

No obstante, en algún momento de la vida casi todos se detienen a preguntar si nuestra existencia realmente tiene sentido. Nacer, morir, reír, llorar, herir, vendar, sufrir, gozar, odiar, amar. Es una existencia que generalmente dura unos 70 u 80 años . . . si las cosas no van demasiado mal. Tal parece que tienen razón los que dicen: “Comamos y bebamos, porque mañana moriremos”.

Pero ¿es esta vida todo lo que hay? ¿Tiene algún *propósito* nuestra existencia, un significado que nunca hemos sospechado? Tomando en cuenta las condiciones en que se encuentra el mundo (para muchos, nada satisfactorias), ¿necesitamos hallar respuestas a estos interrogantes!

La tecnología, la medicina y otras ramas de la ciencia avanzan a pasos agigantados, pero ¿acaso nos ofrecen alguna esperanza de que los problemas de este mundo puedan ser resueltos? ¿En qué terminará todo? ¿Es la muerte el final absoluto? Estas son preguntas muy importantes, y las respuestas que les damos constituyen la base de nuestra filosofía personal: la forma en que consideramos nuestra existencia y el significado de nuestra vida.

Este folleto no es para la venta.

Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Yahveh*, *Yavé*, *Señor*, etc.; en nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Las filosofías de la vida o del mundo han cambiado sociedades enteras. Recordemos los efectos del comunismo y los resultados de un pensamiento puramente capitalista que ha sido absorbido por muchos países. De la misma manera, el tema de la vida eterna —y nuestra búsqueda de la misma— puede transformar nuestra vida.

Pero con todo lo que nos preocupa hoy, ¿quién tiene tiempo para preocuparse por el mañana? Aun los que las buscan no suelen encontrar respuestas realmente satisfactorias a las grandes incógnitas de la vida. Por lo tanto, la mayoría se despreocupa de este asunto. Pero la Biblia —la inspirada Palabra de Dios— da claras y abundantes respuestas a estos asuntos tan importantes.

Jesús dijo: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Juan 10:10). Pero también dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta, y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque *estrecha* es la puerta, y *angosto* el camino que lleva a la vida, y *pocos* son los que la hallan” (Mateo 7:13-14). Para hallar algo, uno tiene que buscarlo. La lectura de este folleto puede ser el primer paso.

Existen respuestas claras, directas e irrefutables sobre la vida eterna y cómo podemos obtenerla; sólo tenemos que buscarlas en el lugar correcto y con la actitud apropiada. ¿Por qué es que la mayoría de los grupos religiosos, aunque dicen apoyarse en la misma base, la Biblia, tienen tan fuertes discrepancias? En muchos casos es porque no tienen en cuenta todo el libro. Un grupo hace hincapié en determinada parte, otro grupo lo hace en otra parte. Sin embargo, en Mateo 4:4 encontramos que Jesús, refiriéndose desde luego a las Sagradas Escrituras, dijo que debíamos vivir por *toda* palabra que sale de la boca de Dios.

En el tiempo de Jesús, la Palabra escrita de Dios era lo que ahora conocemos como el Antiguo Testamento, que muchos consideran obsoleto. En 2 Timoteo 3:16 el apóstol Pablo confirma las palabras de Jesús: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia”. Si queremos entender el mensaje de la Biblia, debemos tener en cuenta todo lo que Dios dice en su Palabra escrita, no sólo las cosas que parecen apoyar nuestra propia opinión o lo que desde niños nos enseñaron.

Por ejemplo, ¿cómo cree usted que recibiremos la salvación? ¿Cree que hay muchos caminos que llevan al Reino de Dios?

Aunque la mayoría de las iglesias tienen procedimientos formales para aceptar a los creyentes en su medio, sus costumbres y sus enseñanzas difieren mucho entre sí. Cada una parece utilizar un método distinto. Hasta sus ceremonias de bautismo son diferentes. En algunas, el agua se rocía o se vierte; en otras, los creyentes son sumergidos completamente en un río o lago. Algunos grupos bautizan a los niños; otros no. Más aún, otros ni siquiera creen que el bautismo sea necesario. La mayoría sostiene que su autoridad proviene de la Biblia, pero en la práctica sus doctrinas son muy variadas.

¿Autoriza la Biblia tal variedad de creencias y costumbres? ¿Es eso algo que debe preocuparnos a nosotros? Más importante aún, ¿qué opina Dios al respecto?

¿Qué acude a nuestra mente cuando pensamos en establecer una relación con Dios? ¿Nos imaginamos asistiendo a las reuniones de alguna campaña evangelística, siguiendo a tal o cual televangelista o participando en grupos de oración y estudio de la Biblia? Quizá nuestro único contacto con la religión hayan sido los predicadores callejeros o el agresivo evangelismo de los que van de puerta en puerta.

Con tal variedad de filosofías contradictorias, no es de extrañar que muchos se vuelvan cínicos con respecto a la religión. Algunos seguramente creen que la idea de vivir eternamente es sólo un sueño ilusorio. Para el cínico empedernido, el bautismo quizá no sea más que una costumbre curiosa, un rito absurdo; y la sola sugerencia de que es un paso necesario para alcanzar la vida eterna puede parecerle ridícula. Otros sencillamente no saben qué pensar al respecto.

Y usted, apreciado lector, ¿sabe lo que la Biblia enseña acerca de este tema tan importante?

Notemos lo que dijo Jesucristo: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere; y yo le resucitaré en el día postrero” (Juan 6:44).

Vemos, entonces, que venir a Dios es algo iniciado por él, y a nosotros nos corresponde aceptar o rechazar la relación que Dios nos ofrece. Si la aceptamos, hay un procedimiento ya establecido que debemos seguir. El apóstol Pedro declaró a quienes estaban reunidos el día de Pentecostés que debían arrepentirse y hacerse bautizar para el perdón de sus pecados (Hechos 2:38). Entonces Dios les dio su santo Espíritu, el cual también nos dará a nosotros si seguimos esos mismos

pasos. Esto permitirá que vivamos una vida nueva, a la cual hemos sido llamados.

El bautismo representa el compromiso más importante que puede contraer un ser humano. Aunque la ceremonia es sencilla, mediante la misma reconocemos un cambio profundo que se ha operado en nuestra mente y nuestro corazón. Este acto simboliza nuestro total sometimiento a Jesucristo como nuestro Amo y Señor, y como nuestro Salvador.

Dios desea fervientemente que emprendamos el viaje hacia la vida eterna. El apóstol Pedro nos dice: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, *sino que todos procedan al arrepentimiento*” (2 Pedro 3:9). Si aceptamos su ofrecimiento, podemos convertirnos en sus hijos. En Juan 1:12 leemos: “A todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”.

El bautismo, tal como lo presenta la Biblia, es mucho más que una simple ceremonia religiosa para los niños o un rito que nos permite unirnos a una iglesia. Es el resultado de una decisión sumamente seria que sólo debe ser tomada por una persona madura; es un paso que no debe darse sin profunda reflexión. Jesús advirtió a cualquiera que quisiera seguirle, que calculara el costo antes de comprometerse (ver Lucas 14:27-33). El bautismo es un acto que simboliza la magnitud de ese compromiso, y es un gran paso por el camino angosto que nos lleva a la vida eterna.

El primer paso: Arrepentirse

“En aquellos días vino Juan el Bautista predicando en el desierto de Judea, y diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mateo 3:1-2).

Después de que Dios nos llama, el arrepentimiento es el primer paso en nuestra relación con él. Sin el arrepentimiento, nos encontramos apartados de Dios: “He aquí que no se ha acortado la mano del Eterno para salvar, ni se ha agravado su oído para oír; pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:1-2).

Sin embargo, él quiere que todos se arrepientan y se conviertan en hijos suyos (2 Pedro 3:9; Juan 1:12). Para que esto pueda suceder, Dios en su gran misericordia empieza a guiarnos al arrepentimiento (Romanos 2:4).

Notemos cómo el apóstol Pedro enseñó a quienes Dios estaba llamando. En su primer sermón, el cual predicó en la Fiesta de Pentecostés, Pedro dijo: “Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios le ha hecho Señor y Cristo”.

Aquellos que le escuchaban “se compungieron de corazón” y preguntaron a Pedro y a los demás apóstoles: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” Pedro respondió: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de

vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hechos 2:36-38).

Pero ¿qué significa *arrepentirse*? Entre las definiciones se incluyen: apartarse afligido de la antigua forma de actuar; cambiar positivamente el modo de pensar; sentir profundo remordimiento o contrición; entristecerse reconociendo uno mismo su culpabilidad ante Dios; aborrecer los pecados anteriores; alejarse completamente del pecado.

La Biblia describe el arrepentimiento como un profundo reconocimiento de nuestros pecados y la consiguiente tristeza que nos hace cambiar nuestro modo de pensar y actuar. El apóstol Pablo lo explicó de esta manera: “La tristeza que es según Dios produce arrepentimiento para salvación, de que no hay que arrepentirse; pero la tristeza del mundo produce muerte” (2 Corintios 7:10). La tristeza del mundo es superficial, de manera que no produce un cambio verdadero y permanente. Pero la tristeza que es según Dios nos permite ver cuán perversos somos como humanos; nos hace poner nuestra esperanza en Dios y nos lleva a hacer un compromiso profundo que realmente *transforma* nuestro modo de pensar y actuar.

La esencia del arrepentimiento es el cambio: dejar nuestra antigua forma de vivir para obedecer y servir a Dios. Pedro, en el sermón que citamos anteriormente, describió el arrepentimiento como una profunda y sincera expresión de sumisión a Dios. Esto es el resultado de haber reconocido nuestra culpabilidad ante Dios y lo que Jesús hizo como nuestro Salvador personal para reconciliarnos con el Padre (Romanos 5:8-10; 2 Corintios 5:18-20). El arrepentimiento nos une al Padre y a Jesucristo en una relación extraordinaria.

El milagro del arrepentimiento

En lo que se refiere a nuestra relación con Dios, debemos comprender desde un principio que el arrepentimiento es en sí un milagro. Vemos en la Biblia que la oportunidad de arrepentirnos es un don de Dios, que sólo es posible cuando él nos trae hacia sí. Jesús dijo claramente: “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere . . .” (Juan 6:44).

Es imposible que un ser humano, basado en sus propias fuerzas e intelecto, entregue su voluntad completamente a Dios. Humanamente, no podemos comprender la profundidad del cambio que Dios desea en

nuestra mente y corazón. Necesitamos ayuda incluso para entender lo que es el pecado. Por eso Dios tiene que *concedernos* el arrepentimiento (Hechos 11:18; 2 Timoteo 2:25). Además, necesitamos la fuerza de voluntad —tanto el deseo como la decisión— de arrepentirnos. Este deseo también viene de Dios, “porque Dios es el que en vosotros produce así el *querer* como el *hacer*, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Aunque Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4), él no obliga a nadie a arrepentirse. Su benignidad y bondad nos guían al arrepentimiento (Romanos 2:4), pero él no decide por nosotros; la decisión sigue siendo nuestra. Quienes sinceramente se arrepienten se dan cuenta muy pronto de que Dios está obrando activamente en su vida, trabajando en ellos para crear un profundo deseo de realizar los cambios necesarios para agradarle. Queriendo saber qué es lo que Dios espera de ellos, estudian la Biblia, la inspirada Palabra de Dios, para comprender mejor su voluntad. Tales personas desean someterse a Dios y vivir de acuerdo con sus instrucciones.

El estudio diligente y sincero de la Palabra de Dios, junto con un fuerte deseo de someternos a su voluntad, pronto nos permite ver dentro de nosotros los mismos deseos egoístas que dominan el comportamiento y la forma de pensar de todo ser humano. Empezamos a reconocer la influencia penetrante que tiene la “mente carnal”, como la llamó el apóstol Pablo (Colosenses 2:18), en nuestro pensar y actuar. Pero primero, Dios tiene que convencernos del pecado (Juan 16:8) para que podamos arrepentirnos y así comprender cuán alejados estamos de sus caminos. Debemos ver el pecado dentro de nosotros y reconocer la hostilidad tan arraigada que tenemos contra Dios y sus leyes, “por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7).

Reconocer el pecado en nosotros constituye un avance muy significativo, pues el primer paso para cambiar un mal hábito o evitar una mala acción es reconocer y aceptar que existe un problema. Debemos estar dispuestos a reconocer nuestras faltas y aceptar nuestra culpabilidad: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad. Si decimos que no hemos pecado, le hacemos a él mentiroso, y su palabra no está en nosotros” (1 Juan 1:9-10).

La ley de Dios: ¿Abrogada o ampliada?

En Mateo 19:16 un joven le preguntó a Jesús qué debía hacer para heredar la vida eterna. Su respuesta fue: "Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos" (v. 17). Entonces Jesús enumeró varios de los mandamientos del Decálogo para dejar muy claro a cuáles mandamientos se estaba refiriendo: "No matarás. No adulterarás. No hurtarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre; y, Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (vv. 18-19).

Hoy, algunos dicen que la observancia de los mandamientos fue cumplida por Jesucristo, de modo que ya no es necesario que los guardemos. Veamos qué dice Jesús al respecto: "No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mateo 5:17).

Hay quienes tratan de negar esta clara afirmación diciendo que lo que este versículo significa es que la ley no fue abolida hasta que Jesús vino y la cumplió. Según este razonamiento, *cumplir* significa "poner fin", "invalidar" o algún otro sinónimo de *abrogar*. Como ellos lo entienden, tal parece que Jesús dijo: "No he venido para abrogar la ley, sino para invalidarla".

Pero Jesús dijo que primero desaparecerían el cielo y la tierra antes que la parte más pequeña de la ley (v. 18). Dijo que la ley seguiría vigente hasta que todo se hubiera cumplido. Y como aún están por cumplirse muchas de las profecías bíblicas acerca

del retorno de Cristo y otros sucesos futuros, sabemos que la ley no ha dejado de existir.

La verdad es que Jesús les estaba hablando a personas que creían que se debían guardar todos los mandamientos. Él reafirmó la necesidad de que todos los que viniesen a él hicieran lo mismo. En Mateo 5-7 Jesús explicó cómo quería Dios que se guardaran los Diez Mandamientos. Al explicarlo, él cumplió una profecía acerca de sí mismo que se encuentra en Isaías 42:21: "El Eterno se complació por amor de su justicia en magnificar la ley y engrandecerla".

El significado de *cumplir*

La palabra griega traducida como *cumplir* en Mateo 5:17 es *pleroo*, que significa "llenar", "atestar", "suplir", "completar", "rellenar", "(hacer o ser) perfecto" (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, 1:358; 3:165).

Jesús vino para llenar completamente el significado de la ley de Dios. La enseñanza de Jesús según la cual el hombre que codicia a una mujer ya cometió adulterio en su mente, representa su concepto más amplio de los Diez Mandamientos. Él demostró que espera que tengamos algo más que un simple enfoque legalista, sujeto a la letra de la ley; también quiere una mente sumisa, un corazón sobre el cual esté escrita la ley de Dios (Hebreos 8:10).

"No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido . . . Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos" (Mateo 5:17-18, 20).

Jesús aclara además: "De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos" (Mateo 5:19).

Vemos claramente que *cumplir* no significa "abrogar".

¿Cambió Pablo las enseñanzas de Jesús?

Otro malentendido muy común es la idea de que el apóstol Pablo introdujo un evangelio nuevo, lo cual hace innecesario seguir el ejemplo de Jesucristo y guardar la ley de Dios. Pero los apóstoles del Nuevo Testamento, quienes fueron enseñados personalmente por Jesús, ciertamente no estaban de acuerdo con este concepto.

El apóstol Juan dijo: "En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él; pero el que guarda su palabra, en éste verdaderamente el amor de Dios se ha

perfeccionado; por esto sabemos que estamos en él. El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo" (1 Juan 2:3-6).

El mismo Pablo refutó esta idea errónea diciendo: "Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo" (1 Corintios 11:1). Lejos de condenar la ley, Pablo dijo: "De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno" (Romanos 7:12), y: "Según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios" (v. 22).

Debemos evitar mezclar nuestras propias ideas con las enseñanzas de la Biblia. Nuestro Salvador nos advirtió que no confiáramos en nuestras propias ideas en vez de las leyes de Dios: "Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí. Pues *envano me honran*, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres. Porque dejando el mandamiento de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres . . . Bien invalidáis el mandamiento de Dios para guardar vuestra tradición" (Marcos 7:6-9).

Nosotros también debemos seguir cuidadosamente el ejemplo de Jesús en vez de nuestro propio criterio. □

¿Qué es el pecado?

En el mundo de hoy, el pecado no es un tema de moda. Lo que sí está de moda en nuestra sociedad es buscar la manera de absolvernos totalmente de la responsabilidad por nuestros actos. Los expertos suelen decir: “No se le puede hacer responsable de sus acciones, porque abusaron de él cuando era niño”. Lamentablemente, somos propensos a aceptar ciertas prácticas pensando que no puede ser tan malo si todo el mundo lo hace.

Pero Dios va directamente al grano, y en la Biblia nos define claramente lo que es el pecado: “Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). ¿A qué ley se estaba refiriendo Juan? Lo aclara en otro pasaje de esta epístola: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos. El que dice: Yo le conozco, y no guarda sus mandamientos, el tal es mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2:3-4). También escribió: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3). El pecado se define como el quebrantamiento de los mandamientos y leyes de Dios.

¿Por qué debe preocuparnos el quebrantar las leyes de Dios? ¡Porque está en juego nuestra vida eterna! El apóstol Pablo advirtió: “La paga del pecado es *muerte*” (Romanos 6:23). Es fácil reconocer pecados como el homicidio, el hurto y el adulterio, pero Jesús amplió el concepto del pecado al incluir hasta nuestros *pensamientos*, no sólo nuestras acciones. Dijo que la ira, el odio y la codicia —que son pensamientos y actitudes— quebrantan los mandamientos en contra del adulterio y el homicidio tanto como los actos físicos (Mateo 5:22, 28; 1 Juan 3:15).

No hay nadie que no haya fallado: “Por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23). El apóstol Pablo describe nuestro estado natural, carnal, separados de Dios: “No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios . . . No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno . . . Sus pies se apresuran para derramar sangre; quebranto y desventura hay en sus caminos; y no conocieron camino de paz. No hay temor de Dios delante de sus ojos” (Romanos 3:10-12, 15-18).

El arrepentimiento es un cambio interno

Aunque Dios sabe que somos pecadores, no es severo con nosotros; no obstante, sí exige que nos convirtamos y nos sometamos a él. Espera que adoptemos en nuestra vida su modo de pensar y actuar, tal como lo revelan las Sagradas Escrituras; quiere que desechemos nuestra antigua manera de pensar y vivir, y que nos convirtamos en un “nuevo hombre” cambiando nuestros pensamientos, actitudes y carácter (Efesios 4:22-24). Dios nos dice: “Renovaos en el espíritu de vuestra mente” (v. 23).

Estas advertencias significan para nosotros toda una vida de crecimiento y cambio, comenzando por el cambio inicial: el arrepentimiento que Dios exige antes del bautismo. Él requiere que cambiemos nuestro corazón y nuestro rumbo en la vida.

Pablo escribió: “El ocuparse de la carne es muerte, pero el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Romanos 8:6). Debemos dejar que la Palabra revelada de Dios penetre en nuestra conciencia y cambie nuestro modo de pensar, porque ahí es donde empieza el verdadero arrepentimiento. El arrepentimiento es una decisión personal de permitir que Dios nos cambie por dentro y por fuera. Santiago dijo: “Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros . . .” (Santiago 4:8).

La misericordia de Dios es tan grande que él nos perdonará, siempre y cuando abandonemos nuestro modo equivocado de pensar y obrar: “Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar. Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo el Eterno” (Isaías 55:7-8).

Aprendamos a pensar como Dios

Si el cambio se inicia desde adentro, con nuestros pensamientos, el buen comportamiento vendrá como consecuencia. El comportamiento justo, que Dios acepta, sólo puede ser fruto de las convicciones, actitudes, emociones y deseos justos; es el resultado de nuestros pensamientos.

Pero ¿cómo podemos aprender a pensar como Dios? ¿Cómo podemos cambiar nuestros pensamientos? Dios nos revela su modo de pensar —sus normas y principios— en la Biblia. Por lo tanto, leyendo

Los papeles complementarios de la gracia, las obras y la obediencia

Al igual que Juan el Bautista, Jesús dijo que debemos producir fruto: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto . . . En esto es glorificado mi Padre, en que llevéis mucho fruto, y seáis así mis discípulos” (Juan 15:5, 8).

Algunos se confunden al darse cuenta de que Jesús espera que demos fruto; tales personas suponen que, de algún modo, debemos ganar nuestra salvación. Pero por supuesto, es imposible que nos la ganemos. La salvación es un don gratuito de Dios que no merecemos; jamás podríamos hacernos acreedores a la salvación, ni en cien vidas llenas de buenas obras.

No podemos ser salvos por nuestras obras. Sólo el sacrificio de la sangre derramada de Jesucristo puede lavar nuestros pecados. No podemos lograrlo ni con nuestros pensamientos ni con nuestras acciones. Debido a que Cristo vive y está activamente ocupado en nuestra conversión, seremos salvos por su vida. El apóstol Pablo lo dijo claramente: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira. Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Romanos 5:8-10). Al vivir

Cristo en nosotros, nos capacita para hacer buenas obras (Gálatas 2:20).

Gracia, obras y obediencia son términos complementarios, no contradictorios. La palabra *gracia* significa “don” o “favor”. La salvación, o vida eterna, es un don que recibimos por gracia (Romanos 6:23; Efesios 2:8-9). Ninguna obra ni esfuerzo de nuestra parte podrá ganarnos jamás la vida eterna. Sin embargo, la vida eterna no es gratuita: Cristo pagó por ella con su vida para que pudiéramos recibir el don de la salvación (Hechos 20:28).

Hay condiciones para obtener la vida eterna

Dios impone ciertas condiciones para recibir el don de la vida eterna. La primera es el arrepentimiento. El arrepentimiento no nos hace ganar nada; no merecemos favor alguno por habernos arrepentido. No obstante, es un requisito. ¿Por qué? Porque si no nos arrepentimos, no podemos ser perdonados (Hechos 2:38). Dios no perdonará a quienes se empeñen en seguir pecando. Pablo escribió: “¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?” (Romanos 6:1-2).

Debemos cambiar el rumbo de nuestra vida como requisito para recibir el don de la salvación. Eso es

lo que enseñaron tanto Jesús como los apóstoles. A Pablo se le ordenó que predicara a judíos y a gentiles para que “se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento” (Hechos 26:20). Las obras demuestran nuestro arrepentimiento hacia Dios, pero jamás nos darán el derecho de exigirle nada de modo que podamos ufanarnos de merecer la vida eterna. Eso jamás podrá ser.

Dios espera que tengamos buenas obras en nuestra vida para demostrarle nuestro arrepentimiento y el amor y la fe que le tenemos. Santiago afirma explícitamente que “la fe sin obras es muerta” (Santiago 2:20, 26), y Pablo dice que Dios nos salva por gracia mediante la fe a fin de que tengamos buenas obras, aunque éstas no nos hacen merecedores de la salvación: “Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe. Porque somos hechura suya, *creados en Cristo Jesús para buenas obras*, las cuales Dios preparó de antemano para que *anduviésemos en ellas*” (Efesios 2:8-10). ¿Por qué es tan difícil entender y aceptar este concepto? Simplemente se trata de seguir las pisadas de Jesucristo imitando su ejemplo (1 Juan 2:6).

El propósito de las buenas obras

¿Cuál es el propósito de las buenas obras? Jesús dijo: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16). Aunque nuestras obras no nos hacen acreedores a la vida eterna, sí glorifican o

dan honra a Dios; y Dios exige que le honremos con nuestra manera de vivir. Quienes se niegan a hacer buenas obras —vivir en armonía con la ley de Dios— están deshonrando a Dios aunque no se den cuenta. “Profesan conocer a Dios, pero con los hechos lo niegan, siendo abominables y rebeldes, reprobados en cuanto a toda buena obra” (Tito 1:16).

¿Pueden las obras hacernos merecedores de algo? Apocalipsis 20:12 dice que los muertos serán juzgados “según sus obras”. En Juan 14:2-3, Jesús dijo que iba “a preparar lugar” para sus seguidores. En el Reino de Dios habrá muchas posiciones de autoridad y gobierno, y Dios las concederá a quienes sean vencedores (Apocalipsis 2:26; 3:21). Los santos resucitados reinarán con Jesucristo (Apocalipsis 20:4, 6). Si nos sometemos a Dios y seguimos la guía de su Espíritu, podremos hacer buenas obras e ir desarrollando el carácter justo y recto que nos permitirá reinar con Jesucristo.

Aunque nuestras obras no nos proporcionan la salvación, sí determinan nuestra recompensa en el Reino de Dios. Jesús lo explicó en la parábola de los talentos (Mateo 25:20-29). Nuestro Señor también lo dijo claramente en Apocalipsis 22:12: “He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra”. Y en el versículo 14 agrega: “¡Dichosos los que guardan sus Mandamientos, para que tengan derecho al árbol de la vida, y entren por las puertas en la ciudad!” (Nueva Reina-Valera).

Por la gracia de Dios, se les dará la vida eterna a quienes le demuestren su fe y su obediencia. □

y estudiando sinceramente la Palabra de Dios podemos aprender a pensar como él piensa.

En Proverbios 2:1-5 esto se expresa claramente: “Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor del Eterno, y hallarás el conocimiento de Dios”.

Jesús confirmó la importancia que tiene la Palabra de Dios como guía de nuestra vida: “No sólo de pan vivirá el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios” (Mateo 4:4). Y por medio del profeta Isaías declaró: “Miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu, y que tiembla a mi palabra” (Isaías 66:2). Quien tenga una actitud de verdadero arrepentimiento buscará en la Palabra de Dios las instrucciones sobre cómo vivir.

Los frutos del arrepentimiento

En el Nuevo Testamento, el concepto del arrepentimiento fue introducido por Juan el Bautista, quien “fue por toda la región contigua al Jordán, predicando el bautismo del arrepentimiento para perdón de pecados” (Lucas 3:3). Notemos que en su mensaje señaló la relación que existe entre el bautismo, el arrepentimiento y el perdón de los pecados; no se puede tratar ninguno de estos temas sin hablar de los otros dos.

Juan era muy conocido en su tiempo. Las multitudes le seguían y le pedían que los bautizara, mas él no recibía bien a todo el mundo; algunos sencillamente no entendían el concepto del arrepentimiento. Juan les advirtió: “¡Oh generación de víboras! ¿Quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento” (Lucas 3:7-8).

Algunos quedaron sorprendidos cuando Juan se negó a bautizarlos. La gente le preguntó: “¿Qué haremos?” (v. 10). ¿Cuáles eran esos frutos que él les exigía? ¿Qué era lo que esperaba de ellos?

En seguida, Juan dio una de las descripciones más profundas y reveladoras del verdadero arrepentimiento que hay en toda la Biblia. Demostró que el verdadero arrepentimiento produce frutos: resultados auténticos de un corazón transformado. Juan no les dio una definición de las palabras *arrepentimiento* y *frutos* sacada del diccionario, sino

que les dio ejemplos de cómo era necesario cambiar para presentarse verdaderamente arrepentidos delante de Dios.

“Respondiendo, les dijo: El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo. Vinieron también unos publicanos para ser bautizados, y le dijeron: Maestro, ¿qué haremos? Él les dijo: No exijáis más de lo que os está ordenado. También le preguntaron unos soldados, diciendo: Y nosotros, ¿qué haremos? Y les dijo: No hagáis extorsión a nadie, ni calumniéis; y contentaos con vuestro salario” (vv. 11-14).

Era práctica común de los publicanos satisfacer su codicia cobrando más de lo que establecía la ley por concepto de impuestos, para luego embolsarse el excedente. Los soldados aumentaban sus ingresos mediante la extorsión, intimidando y abusando de las mismas personas a quienes se suponía que debían proteger. Como estos servidores públicos se negaban a reconocer sus propias faltas, Juan escogió ejemplos que pudieran entender; les exigió pruebas del arrepentimiento de corazón. Exigió el sacrificio personal, ofrecido voluntariamente, como prueba de un sincero deseo de servir y ayudar a los demás. Les dijo que se examinaran a sí mismos para ver la motivación que había detrás de sus actitudes y acciones.

El fruto específico que Juan buscaba era un *cambio de comportamiento*, y escogió ejemplos típicos de la naturaleza egoísta que hay en todos nosotros.

Jesús nos aclara que los cambios más necesarios vienen del corazón, de nuestros pensamientos y actitudes: “Lo que del hombre sale, eso contamina al hombre. Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos . . .” (Marcos 7:20-21). Entonces explicó cómo se manifiestan aquellas actitudes internas: “. . . los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia, la insensatez. Todas estas maldades de dentro salen, y contaminan al hombre” (vv. 21-23).

Dios desea que nos arrepintamos y que adoptemos su modo de pensar; sin embargo, para algunos este cambio puede ser tan abrumador que les parece imposible. ¡Y así es! Sin la ayuda de Dios, es absolutamente imposible. Cuando Jesús comparó el ingreso en el Reino de Dios al paso de un camello por el ojo de una aguja, los discípulos

preguntaron asombrados: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?” (Marcos 10:23-26). Jesús respondió: “Para los hombres es imposible, mas para Dios, no; porque todas las cosas son posibles para Dios” (v. 27). Para arrepentirnos realmente, debemos aprender a confiar en Dios más que en nosotros mismos.

En Lucas 18:9-14 Jesús hizo un contraste entre la actitud de un fariseo que, aparentando ser muy justo, confiaba en sí mismo, y la de un publicano arrepentido que reconocía su propia incapacidad espiritual y buscaba obtener de Dios ayuda para alcanzar la verdadera justicia. Jesús explicó que el perdón de Dios (la justificación) se concede a todo aquel que, en vez de confiar en sí mismo, mira hacia Dios con humildad buscando la fortaleza para arrepentirse y cambiar su comportamiento.

Busquemos la ayuda de Dios

Si usted realmente desea dedicarle su vida a Dios, es necesario que le pida el don del arrepentimiento. Es esencial que le diga en oración cuáles son sus intenciones y que busque su ayuda; no debe confiar en su propia capacidad para percibir sus pecados y desarraigarlos. Si usted no tiene el hábito de orar regularmente, o si nunca ha orado y la sola idea de hacerlo le hace sentirse incómodo, comprenda que Dios *desea* ayudarle. Jesús prometió: “Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá” (Mateo 7:7). Si desea sinceramente seguir los mandamientos e instrucciones de Dios, dígaselo con toda confianza.

La clave consiste en tener fe en él. En Hebreos 11:6 se nos dice: “Sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. A nosotros nos corresponde actuar con fe y confiar en que Dios contestará nuestras oraciones.

Este es uno de los pasos más importantes de toda la vida. ¡No se detenga! Tómese el tiempo ahora y hable con Dios.

Examinemos ahora el significado del bautismo.

El bautismo en agua y la imposición de manos

“Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres” (Hechos 8:12).

Después del arrepentimiento, el siguiente paso es el bautismo en agua, uno de los principios fundamentales de la doctrina de Jesucristo (Hebreos 6:1-2). Quienes desean recorrer el camino hacia la vida eterna deben comprender y tomar parte en dos ceremonias básicas: el bautismo en agua y la imposición de manos. Ambas son necesarias para recibir el Espíritu Santo.

Las palabras *bautizar* y *bautismo* se derivan del verbo *baptizo* en griego, que significa “hundir” o “sumergir”; y el claro significado de *sumergir* es “meter debajo del agua”. Esto nos indica, sin lugar a dudas, que la inmersión es el método bíblico para bautizar. El bautismo por inmersión simboliza nuestra muerte y sepultura, y la salida de las aguas bautismales simboliza la resurrección a una nueva vida en Cristo (Romanos 6:3-5).

Notemos cómo Felipe bautizó al eunuco etíope. Se detuvieron junto a un río, “y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco, y le bautizó”; luego, “subieron del agua” (Hechos 8:38-39). ¿Por qué se metieron ambos al agua? Para que Felipe pudiera bautizar al eunuco

sumergiéndolo completamente. Después, al salir del agua, el eunuco podría comenzar una nueva vida en Cristo.

Jesús les dijo a sus seguidores: “Id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo” (Mateo 28:19). La palabra griega traducida como “en” también

¿Se debe bautizar a los niños?

En la mayoría de las iglesias, el bautismo de los niños recién nacidos es una ceremonia solemne que se considera de gran importancia. Pero ¿hay en el Nuevo Testamento algún ejemplo concreto de esta costumbre?

En el bautismo de los niños, generalmente se les rocía un poco de agua o se les vierte agua sobre la cabeza. Sin embargo, el ejemplo bíblico del bautismo consiste en la sumersión completa de la persona.

Existe también otro factor importante que va en contra del bautismo de los niños. El bautismo representa el inicio formal de un pacto con Dios, así como nuestra aceptación de tal pacto (Romanos 6:1-6; Colosenses 2:11-12). Según la Biblia, este paso debe ser precedido del arrepentimiento (un cambio en nuestra forma de pensar y actuar por el cual nos comprometemos a vivir de acuerdo con las normas de Dios) y la fe en Jesucristo. Ningún niño de pocos días de nacido puede hacer esto.

Aunque el apóstol Pablo comparó el bautismo a la circuncisión, eso no significa que los niños deben ser bautizados. Es cierto que hubo ocasiones en que Jesús bendijo a los

niños (Marcos 10:13-16), pero eso es muy distinto del bautismo, que es un símbolo externo de un profundo compromiso interno. Al contrario de la circuncisión, la cual es mejor hacerla en la infancia (Génesis 17:12), el bautismo debe aplazarse hasta que se tenga la suficiente madurez para entender plenamente lo que implica el arrepentimiento. La seriedad del bautismo indica que es una decisión que debe ser tomada únicamente por personas maduras.

Es más, la costumbre de la “confesión”, como una forma de “confirmación” del bautismo que se efectuó en la tierna infancia, es completamente contraria al ejemplo del Nuevo Testamento. En estos casos, el bautismo se efectúa primero, y muchos años después se toma la decisión consciente de seguir el camino de vida de Dios. En cambio, la Biblia describe el bautismo como algo que se hace después de reflexionar profundamente sobre lo que representa la decisión de someterse a Dios y vivir en obediencia a su ley.

La costumbre de bautizar a los infantes no tiene respaldo alguno de las Escrituras, ni por enseñanza ni por ejemplo. □

puede traducirse como “dentro”. Cuando un ministro de Dios sumerge a un converso en el agua, sepultando simbólicamente al “viejo hombre”, realiza el acto en el nombre o por la autoridad de Jesucristo (Hechos 2:38); como resultado, la persona entra en una nueva relación con Dios.

Muerte y sepultura

El bautismo simboliza nuestra unión con Cristo en su muerte. Representa tanto la muerte de Jesús como nuestra propia muerte y sepultura: “¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo . . .” (Romanos 6:3-4).

A los ojos de Dios, “fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte . . . sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado” (vv. 5-6).

Antes del milagro del arrepentimiento, somos esclavos del pecado. Pablo les explicó a los cristianos en Roma que una vez que hemos sido bautizados en Cristo, ya no somos esclavos del pecado (Romanos 6:3-4). “Nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado. Porque el que ha muerto [mediante la muerte simbólica del bautismo], ha sido justificado del pecado” (vv. 6-7).

Pero somos rescatados —comprados, redimidos— de la esclavitud del pecado mediante el sacrificio de Jesucristo (1 Pedro 1:18-19; Apocalipsis 5:9). Al ser comprados por Dios, ahora le pertenecemos a él: “Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:20).

Al ser convertidos de esclavos del pecado en siervos de la justicia, ya no servimos al pecado (Romanos 6:17-18). Nuestra nueva forma de pensar produce los frutos del arrepentimiento y de la justicia (Gálatas 5:22-23), y como dice en los versículos 24-25: “Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu”.

La resurrección a una vida nueva

El bautismo no sólo representa nuestra muerte al pecado, sino también nuestra resurrección a una vida completamente nueva en Cristo:

“Somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). Después del bautismo y la imposición de manos, Dios nos da su Espíritu como las “arras” de nuestra futura transformación en espíritu y la recepción de la vida eterna (2 Corintios 1:22). El bautismo, pues, es la sepultura simbólica de nuestro antiguo ser y el comienzo de una nueva vida como siervos obedientes de Dios.

El apóstol Pablo compara esta vida nueva con un cambio de ropa: “Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27). Nos revestimos de Cristo al reemplazar las actitudes, acciones y hábitos malos con aquellos que son buenos y que agradan a Dios. En Colosenses 3:12 leemos: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia”.

Nuestra nueva vida nos pone en el camino que finalmente nos llevará a la vida eterna y, por consiguiente, a nuestro ingreso en el Reino de Dios; esto sucederá en el momento de la resurrección, cuando Jesucristo regrese a la tierra. “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Romanos 6:5).

Nótese que la resurrección ocurrirá en el *futuro*, cuando seamos transformados en espíritu (1 Corintios 15:51-52). Aunque quizá no comprendamos todo lo que significa ser transformados en espíritu, podemos confiar en las palabras del apóstol Juan, quien escribió: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios . . . Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, *seremos semejantes a él*, porque le veremos tal como él es” (1 Juan 3:1-2).

La imposición de manos

El siguiente paso en el camino hacia la vida eterna es recibir el Espíritu de Dios mediante la “imposición de manos”, como se menciona en Hebreos 6:2. Vemos en las Escrituras que al bautismo en agua le sigue la ceremonia de imposición de manos, que es cuando recibimos el Espíritu Santo: “Y habiéndoles impuesto Pablo las manos, vino sobre ellos el Espíritu Santo . . .” (Hechos 19:6).

En Hechos 8:12 se nos dice que “hombres y mujeres” en Samaria entendieron el mensaje que predicó Felipe, se arrepintieron y fueron bautizados; sin embargo, no recibieron el Espíritu Santo hasta que Pedro y Juan oraron y les impusieron las manos. En los versículos 15-17 leemos: “Los cuales [Pedro y Juan], habiendo venido, oraron por ellos para que recibiesen el Espíritu Santo; porque aún no había descendido sobre ninguno de ellos, sino que solamente habían sido bautizados en el nombre de Jesús. Entonces *les imponían las manos*, y recibían el

¿Debemos desear el bautismo en fuego?

Juan el Bautista proclamó que Jesucristo vendría y bautizaría “en Espíritu Santo y fuego” (Mateo 3:11). Algunos creen que deben recibir este bautismo en fuego. Estudiemos cuidadosamente este pasaje para entender a qué se refiere.

En el versículo 8, Juan les exigió pruebas a los fariseos y saduceos de que se habían arrepentido del pecado, y empleó dos alegorías para establecer un principio. Primero, les señaló que cuando un árbol no da buen fruto, es cortado de raíz y quemado en el fuego (v. 10). Jesús repitió este principio en Mateo 7:19.

La segunda alegoría se basaba en el aventamiento del trigo. *Aventar* significa separar el trigo de la cáscara, el tallo y la paja. Juan estaba dando a entender cómo Jesucristo va a tratar a las personas que no dan fruto: “Su aventador está en su mano. Limpiará su era, allegará su trigo en el granero, y quemará la paja en el fuego inapagable” (Mateo 3:12, Nueva Reina-Valera).

Ambos ejemplos demuestran el tema principal de la Biblia: Dios quiere que seamos semejantes a Cristo y que demos buen fruto. Si lo hacemos, Jesús nos promete la vida eterna, lo cual es el mensaje del evangelio. Quienes se nieguen a arrepentirse y cambiar su modo de pensar serán consumidos por el fuego (Malaquías 4:1).

A propósito de las actitudes del pecado, Jesús proclama: “Los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda” (Apocalipsis 21:8). Apocalipsis 20:15 agrega: “Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego”.

La muerte en aquel lago de fuego es la segunda muerte; es el bautismo en fuego para los que no se arrepienten. Por lo tanto, definitivamente no es algo deseable. □

Espíritu Santo”. Vemos, pues, que después del bautismo recibimos el Espíritu Santo mediante la *oración* y la *imposición de manos* de los ministros de Dios, quienes son sus representantes.

¿Por qué necesitamos el Espíritu Santo?

¿Qué papel desempeña el Espíritu de Dios en nuestra vida? Podemos luchar solos, esforzarnos y hasta rogar sinceramente para obtener la victoria sobre algún pecado, pero aun así no lo logramos. Después del bautismo y la imposición de manos, el Espíritu que nos guía al arrepentimiento sigue obrando en nosotros con más poder aún, para ayudarnos a ver y vencer nuestros pecados y defectos.

Debido a que es imposible guardar por nosotros mismos la ley de Dios en su completo sentido espiritual, y así vencer el pecado, Jesús dijo que enviaría el Espíritu Santo para guiarnos y ayudarnos (Juan 14:16-18). Cuando hacemos todo lo que es humanamente posible por obedecer a Dios, él nos da, mediante su Espíritu, la ayuda que necesitamos para obedecer su verdad y tener una mente sana en la que obre su amor (Hechos 5:32; Juan 16:13; 2 Timoteo 1:7).

Mediante su Espíritu, Dios nos ayuda a vencer nuestras debilidades y deseos egoístas (Romanos 7:13-20), y esto nos permite adorarlo en espíritu y en verdad (Juan 4:23-24). Nos consuela durante las pruebas y hace posible que la mente de Cristo obre en nosotros (Filipenses 2:5). Por medio de su Espíritu, Dios nos inspira, nos guía y nos convierte en sus propios hijos (Romanos 8:13-14; 1 Corintios 2:10-11).

No vencemos nuestros pecados habituales y naturaleza egoísta instantáneamente, sino que es un proceso que dura toda la vida y a veces nos exige un gran esfuerzo. Unos 20 años después de su milagrosa conversión, el apóstol Pablo describió su lucha continua por vencer los deseos perversos que le asediaban. Esos impulsos egoístas eran tan fuertes que los llamó otra “ley” dentro de él: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago . . . Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Romanos 7:18-23).

Pero Pablo también notó que con la ayuda del Espíritu de Dios, aquella naturaleza humana podía ser dominada: “Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis” (Romanos 8:13).

Algunos se equivocan al creer que una vez que reciban el bautismo Dios se encarga de todo. Se trata de un concepto erróneo y peligroso. Dios espera que resistamos el pecado y que nos esforcemos para que su Espíritu desempeñe un papel activo en nuestra vida diaria. En 2 Timoteo 1:6 Pablo exhortó a Timoteo para que avivara “el fuego del don de Dios [el Espíritu Santo] que está en ti por la imposición de mis manos”, demostrando así que tenemos una responsabilidad personal en nuestra salvación. Timoteo tenía que avivar el Espíritu de Dios, no simplemente quedarse quieto y dejar que Dios lo hiciera todo por él. En Filipenses 2:12 Pablo dijo de nuevo que debemos ocuparnos en nuestra salvación con temor y temblor.

Transformación milagrosa

El Espíritu de Dios obra en nosotros y nos ayuda a cambiar y a empezar a producir buen fruto en nuestra vida. En Gálatas 5:22-23 se enumeran varias cualidades que el Espíritu de Dios produce en la vida de los verdaderos cristianos —amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre y templanza— las cuales se hacen cada vez más notorias a medida que crecemos espiritualmente.

El fruto de la justicia es muy importante; también es importante entender que el mérito por la presencia de este fruto es de Dios. Pablo expresó a los filipenses su deseo de ser aceptable a Dios, “no teniendo [su] propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Filipenses 3:9). Notemos que Pablo confiaba en que Dios produciría la justicia en él, sabiendo que “Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13).

Cuando Dios nos llama para ser sus hijos, empieza a alejarnos de la vanidad, el egoísmo y la desobediencia que han caracterizado nuestra vida. Nos transforma mediante la renovación de nuestra mente. Pablo exhortó a los romanos: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable

y perfecta” (Romanos 12:2). Explicó que esta transformación no es instantánea, sino que requiere de cambios constantes en nuestro modo de pensar y en nuestra perspectiva; estos cambios deben afectar permanentemente la forma como vivimos. Por consiguiente, nos convertimos en un “sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es [nuestro] culto racional” (v. 1).

Pablo además advirtió: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Filipenses 2:5). Él describió la actitud y el comportamiento que se hacen evidentes en la mente convertida: “Completad mi gozo, sintiendo lo mismo, teniendo el mismo amor, unánimes, sintiendo una misma cosa. Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros” (vv. 2-4). El tener la mente de Cristo es lo que hace posible esta transformación.

El significado simbólico del bautismo es muy profundo. Representa tanto el perdón de los pecados como una vida nueva en Cristo. Debe cambiar nuestra vida para siempre. Estas bendiciones han sido adquiridas a gran precio: Jesucristo sacrificó su propia vida para que pudiésemos tener acceso a la vida eterna mediante el perdón de nuestros pecados.

El perdón de los pecados

“Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados . . .” (Hechos 2:38).

¿Cómo podemos ser perdonados, y qué relación tienen Jesucristo y el bautismo con este tema?

La Biblia dice que Dios perdona nuestros pecados y errores. Nuestros pecados y sentimientos de culpa desaparecen completamente mediante la fe en el sacrificio de Jesucristo. Entonces estamos completamente limpios delante de Dios (Hechos 22:16). Dios es perfecto y puede borrar perfectamente nuestros pecados. Y es consolador saber que no sólo nos perdona nuestros pecados, sino que los olvida totalmente: “Seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades” (Hebreos 8:12).

David se admiraba de la magnitud de la misericordia y el perdón de Dios. Él escribió: “Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmos 103:11-12).

Por medio del profeta Isaías, Dios nos habla del perdón que recibimos después de que nos arrepentimos y nos volvemos hacia él: “Lavaos y limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos; dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien . . . si vuestros

pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Isaías 1:16-18).

El apóstol Pablo dijo claramente que los injustos no heredarán el Reino de Dios (1 Corintios 6:9). Después explicó cómo somos lavados y justificados: “Esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (v. 11). Jesucristo santifica la iglesia, “habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Efesios 5:26).

Este lavamiento de la suciedad acumulada de nuestros pecados es simbolizado por el bautismo. Antes de que Pablo fuera bautizado, Ananías le dijo: “Ahora, pues, ¿por qué te detienes? Levántate y bautízate, y lava tus pecados, invocando su nombre” (Hechos 22:16). Al sumergir nuestro cuerpo completamente debajo del agua, simbolizamos nuestro lavamiento total.

Desde luego, el agua es sólo un símbolo. En realidad, el lavamiento y reconciliación con Dios se logran mediante la sangre de Jesucristo, nuestro Salvador (Romanos 5:8-10; Hechos 20:28). Sin su sacrificio, nuestros pecados no pueden ser lavados.

La culpabilidad queda atrás

Afortunadamente, Dios no tiene un expediente donde anote las buenas obras en una lista y las malas en otra. Todos nuestros pecados son borrados si los confesamos, nos arrepentimos de ellos y pedimos perdón a Dios: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9). Jamás podremos recompensar a Dios por el don precioso del perdón de nuestros pecados y el lavamiento de nuestra culpabilidad, ni con buenas obras ni mediante ningún esfuerzo humano de nuestra parte.

Es normal que nos sintamos culpables cuando pecamos, y con frecuencia el dolor producido por las consecuencias de nuestros errores permanece. Pero la culpabilidad no debe permanecer como una carga abrumadora que nos deprime y nos debilita. La culpabilidad puede dar lugar a sentimientos inútiles de inferioridad y amargura. Después de arrepentirnos, Dios perdona nuestros pecados totalmente y no hay razón para seguir sintiéndonos culpables, a no ser que volvamos a pecar. Y aun así, debemos arrepentirnos inmediatamente, pedirle perdón a

Dios y dejar atrás el sentimiento de culpabilidad. En su infinita misericordia, Dios nos aplica el sacrificio de Cristo para cubrir nuestro pecado y quitar nuestra culpabilidad (1 Juan 1:9).

Confianza en el perdón de Dios, “acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura” (Hebreos 10:22). La conciencia limpia es uno de los dones más maravillosos que Dios les puede dar a sus hijos.

El rey David era un hombre conforme al corazón de Dios (Hechos 13:22); no era perfecto, pero sí se esforzaba por evitar que el pecado lo separara de Dios. En Salmos 139:23-24 David oró: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno”. También oró de esta manera: “Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (Salmos 51:9-10).

¿Cómo se perdona el pecado?

El pecado es la transgresión de la sagrada ley de Dios (1 Juan 3:4), y la pena que todos merecemos por haber pecado es la muerte (Romanos 6:23). Esta relación de causa y efecto es segura y funciona automáticamente. La pena de muerte tiene que ser pagada. Uno no puede lanzarse de un edificio de 10 pisos y desafiar o burlar la ley de la gravedad; tendrá que pagar forzosamente el precio de su acción. Asimismo, cuando quebrantamos la ley espiritual de Dios, alguien tiene que pagar la pena de muerte. El perdón no significa que se elimina la pena por nuestros pecados, sino que ésta es transferida a alguien capaz de aceptarla y de pagarla en nuestro lugar. La pregunta es: ¿Quién paga la pena?

Puesto que todos hemos pecado y estamos bajo la pena de muerte, Dios sabía que se iba a necesitar un Salvador que muriera por los pecados del mundo. Notemos las palabras del apóstol Pedro: “Sabiendo que fuisteis rescatados . . . no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación, ya destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros” (1 Pedro 1:18-20).

El apóstol Juan habló del gran amor que Dios tiene por nosotros y del sacrificio de Jesucristo que paga la pena por nuestros pecados, haciendo posible el perdón: “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2), y: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:9-10).

Jesucristo se convirtió en *el sacrificio perfecto* para los pecados de la humanidad, pues nos dejó un ejemplo perfecto, y como el Hijo mismo de Dios, vivió en la carne sin cometer pecado alguno (Hebreos 4:15).

Amor y sacrificio perfectos

La asombrosa verdad es que “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). Más increíble aún es el hecho de que Dios nos amó siendo todavía pecadores: “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

Jesucristo tiene un profundo y ardiente deseo de ayudar a la humanidad para que pueda compartir con él la eternidad en el Reino de Dios (Mateo 23:37). Pablo dijo que debemos tener “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios” (Hebreos 12:2).

No fue nada gozoso para él sufrir azotes y la crucifixión, una forma de ejecución horriblemente brutal y cruel. En Isaías 52:14 se profetizó que el parecer de Jesús sería “desfigurado de los hombres . . . y su hermosura más que la de los hijos de los hombres”. En Salmos 22:1-20 se describen algunos de los pensamientos y sentimientos de angustia y dolor que Jesús tuvo durante su traición y muerte. Pero tuvo la capacidad espiritual para mirar más allá de su propio sufrimiento hacia el gozo de vivir eternamente con otros que seguirían por aquel angosto camino. Él aceptó voluntariamente la maldición —la pena de muerte— que nos correspondía a nosotros, “hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gálatas 3:13).

El sacrificio de Jesucristo fue tan completo que ningún pecado jamás cometido puede ser demasiado grave para que Dios lo perdone (Salmos 103:3). El apóstol Pablo se consideraba a sí mismo como el primero de todos los pecadores, y sin embargo Dios lo utilizó poderosamente después de su conversión (1 Timoteo 1:15). A todo lo largo del libro de los Salmos, el rey David alabó la misericordia de Dios; él comprendía la grandeza de la misericordia divina (Salmos 119:64).

Semejantes ejemplos nos llenan de esperanza, no importa cuáles sean nuestros antecedentes ni los errores que hayamos cometido. Después del verdadero arrepentimiento y el bautismo, Dios promete perdonarnos completamente.

Las enseñanzas de la psicología pueden producir cierta sensación de bienestar en nosotros, pero ninguno de estos esfuerzos humanos puede perdonar el pecado y eliminar la pena espiritual que lo acompaña. Solamente el sacrificio de Cristo puede borrar nuestros pecados y limpiarnos completa y permanentemente.

Enterrar el pasado

Así como Dios olvida los pecados de los cuales nos hemos arrepentido, nosotros también debemos olvidarlos. Una vez que nuestros pecados han quedado enterrados en la tumba representada por el bautismo, no debemos volver atrás para desenterrarlos. Teniendo en cuenta el simbolismo, esto equivaldría a robar tumbas. Dios no es ladrón de tumbas, y tampoco quiere que nosotros lo seamos.

Algunos tienen el concepto de que arrepentirse significa permanecer interminablemente angustiado por sus pecados del pasado. Pero Dios no quiere penitencia; no quiere que sigamos sacando a relucir nuestros antiguos pecados aferrándonos a ellos. Espera que confiemos en él y en su deseo de perdonarnos y olvidar nuestros pecados completamente.

Por supuesto, debemos aprender de nuestros errores, pero una vez aprendida la lección, debemos dejarlos enterrados en el pasado, para que “andemos en vida nueva” (Romanos 6:4). El hombre o la mujer que hace esto, a los ojos de Dios se convierte en una nueva persona, alguien que ha sido completamente perdonado como si jamás hubiera pecado.

Es importante verse a sí mismo de esta manera y mirar siempre hacia adelante. Pablo expresó este concepto en Filipenses 3:13-14

cuando escribió: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús”.

Después de comprender que es posible obtener el perdón mediante el perfecto sacrificio de Jesucristo, debemos saber cómo mantener el rumbo. En el capítulo siguiente veremos cómo podemos permanecer en el camino angosto que nos llevará a la vida eterna.

Mantengamos el rumbo

“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio” (Hechos 3:19).

El bautismo y los demás pasos que debemos dar sólo marcan el comienzo de nuestro viaje hacia la vida eterna. Antes de llegar a nuestro destino, habrá que recorrer, por así decirlo, miles de kilómetros. En este capítulo examinaremos algunos de los aspectos de ese viaje que nos revela nuestro mapa, la Biblia. Recordemos que el camino que estamos recorriendo es angosto (Mateo 7:14). Un sentido claro de la dirección y del propósito nos puede ayudar a mantener el rumbo.

Cuando respondemos al llamamiento de Dios mediante el arrepentimiento y el bautismo, nos esperan muchas bendiciones y oportunidades. Nuestra forma de pensar empieza a cambiar, y van aumentando la sabiduría, el conocimiento, la prudencia y el entendimiento (Proverbios 2:1-11). Con el tiempo, iremos aprendiendo a pensar y actuar como lo hace Dios.

Vendrán pruebas y tendremos que hacer sacrificios (Mateo 10:35-39). Estas pruebas contribuyen a la formación de nuestro carácter. El apóstol Santiago, medio hermano de Jesús, escribió: “Ténganse por muy dichosos, hermanos míos, cuando se vean asediados por pruebas de todo género, sabiendo que esa piedra de toque de su fe engendra constancia. Que la constancia acabe su obra, para que sean hombres

El Cuerpo espiritual de Cristo

No somos bautizados en alguna secta u organización humana, sino que por medio del bautismo nos convertimos en miembros del Cuerpo espiritual de Cristo (1 Corintios 12:27; Efesios 2:19-22).

En 1 Corintios 12:13 podemos leer que “por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en *un cuerpo*, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”.

Este cuerpo se llama la Iglesia de Dios (1 Timoteo 3:15). Dios, no los hombres ni las organizaciones humanas, nos hace miembros de su iglesia después del arrepentimiento verdadero y el bautismo. El vocablo griego traducido como “iglesia” es *ekklesia*, y significa “los llamados o convocados”. En otras palabras, Dios llama a quienes él quiere que salgan de esta sociedad, para que formen parte de su iglesia espiritual.

Jesús dijo que sus discípulos o seguidores tendrían que ser enseñados (Mateo 28:19-20). En Efesios 4:11-13 el apóstol Pablo también dijo: “Él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo”.

Aquí vemos que la iglesia, como el Cuerpo de Cristo, tiene la obliga-

ción y responsabilidad de ayudar a los cristianos para que crezcan espiritualmente, lo que requiere que colaboren y tengan la guía de pastores fieles y llamados por Dios. Dios nos advierte que debemos luchar por tener unidad y reconocer la necesidad que tenemos los unos de los otros (1 Corintios 12:12-25; Efesios 4:1-3).

Para poder mantenernos en el camino que lleva hacia la vida eterna, es importante que encontremos una iglesia, o sea un grupo de creyentes que han sido llamados, donde podamos aprender doctrina sana junto con personas que tienen las mismas creencias y prácticas que nosotros.

En Hebreos 10:24-25 se nos dice: “Considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca”. En la Iglesia de Dios Unida reconocemos que es necesario que el pueblo de Dios tenga la oportunidad de reunirse para recibir instrucción bíblica y gozar de la camaradería cristiana. Reunirse regularmente con el pueblo de Dios será de gran ayuda en el crecimiento espiritual de los miembros del Cuerpo de Cristo.

Si usted desea visitarnos, le rogamos que escriba a cualquiera de las direcciones anotadas en este folleto y con mucho gusto le informaremos de nuestra congregación más cercana a su domicilio. Nuestros visitantes son bienvenidos siempre. □

completos y auténticos, sin deficiencia alguna” (Santiago 1:2-4, Nueva Biblia Española).

Jesucristo nos advierte que calculemos el costo de emprender este camino: “Porque ¿quién de vosotros, queriendo edificar una torre, no se sienta primero y calcula los gastos, a ver si tiene lo que necesita para acabarla? No sea que después que haya puesto el cimiento, y no pueda acabarla, todos los que lo vean comiencen a hacer burla de él, diciendo: Este hombre comenzó a edificar, y no pudo acabar” (Lucas 14:28-30). Al hablar con uno que quería imponer condiciones antes de comprometerse como discípulo, Jesús le dijo: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62). Jesús espera que sus seguidores mantengan el rumbo hasta llegar al destino.

Así como los niños tambalean cuando están aprendiendo a caminar, nosotros también tambaleamos al emprender este viaje por el angosto camino que lleva hacia el Reino de Dios. Las tentaciones y las pruebas que afrontamos a veces nos hacen vacilar y caer, pero recordemos que Dios y Jesucristo están presentes para consolarnos y ayudarnos a cada paso. Nuestra tarea es seguir adelante y convertirnos en cristianos maduros. El apóstol Pablo dijo: “Todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que *por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal*” (Hebreos 5:13-14).

Vivir conforme al camino de Dios debe ser siempre lo más importante en nuestra vida. Debemos buscar “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mateo 6:33). La clave para mantenernos bien encarrilados en el camino de Dios es la oración constante y el estudio de su Palabra inspirada. Como mencionamos anteriormente, el contacto con otros creyentes puede ser de gran estímulo en nuestra nueva vida dedicada a Dios. En Mateo 7:21 Jesús dijo: “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos”.

Como seres con libre albedrío, decidimos lo que vamos a hacer, pero Jesucristo espera que hagamos nuestra parte manteniéndonos fieles a él. Como ya lo explicamos, debemos producir fruto en nuestra vida que sea agradable a Dios.

El final del camino es el Reino de Dios

Ahora notemos algunas cosas acerca del Reino de Dios y la vida eterna, el final de nuestro viaje espiritual. Debemos tener en cuenta que el Reino de Dios constituye el tema central del evangelio que enseñó Jesucristo. En Marcos 1:14-15 se nos dice que “Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio”. Después de su resurrección, Jesús siguió hablando a sus discípulos acerca del Reino de Dios (Hechos 1:3).

Jesucristo regresará nuevamente a la tierra y establecerá el Reino de Dios: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). El Reino de Dios gobernará literalmente sobre toda la tierra, reemplazando a todos los gobiernos y autoridades humanas: “El Dios del cielo levantará un reino que no será jamás destruido, ni será el reino dejado a otro pueblo; desmenuzará y consumirá a todos estos reinos, pero él permanecerá para siempre” (Daniel 2:44).

Los primeros cristianos tenían los ojos puestos fijamente en el futuro Reino de Dios. El apóstol Pablo declaró: “El Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial” (2 Timoteo 4:18). Y en Hechos 8:12 se explica que esta era una de las principales razones por las cuales la gente creía a Dios y se bautizaba: “Cuando creyeron a Felipe, que anunciaba el evangelio del reino de Dios y el nombre de Jesucristo, se bautizaban hombres y mujeres”. Hoy, nosotros también debemos creer el evangelio (Marcos 1:15).

Heredaremos todas las cosas

Si permanecemos fieles a Dios durante toda la vida, compartiremos con Cristo el papel de reyes y sacerdotes en su reino venidero (Apocalipsis 1:6). Tenemos la magnífica esperanza de ser transformados en espíritu y de recibir la vida eterna (1 Tesalonicenses 4:14-17; 1 Corintios 15:50-54). Como hijos de Dios ya transformados en espíritu, heredaremos “todas las cosas” —el universo entero— junto con Jesucristo (Hebreos 2:6-8; Romanos 8:17; Mateo 5:5; Apocalipsis 21:1-7).

Aunque en esta vida siempre será posible negar a Dios y perder la salvación, Dios habla acerca de nuestra salvación como un hecho. A los que estén dispuestos a dedicarle su vida, Dios les ofrece una maravillosa perspectiva: “En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia hasta la redención de la posesión adquirida, para alabanza de su gloria” (Efesios 1:13-14).

Mientras busquemos activamente la voluntad de Dios y permitamos que el Espíritu Santo obre en nuestra vida, nuestra salvación futura está garantizada. Sí, Dios promete ayudarnos en cada paso del camino si nos arrepentimos y tenemos fe en que él perdonará nuestros pecados, si nos bautizamos y esperamos en él, y si buscamos primeramente su reino venidero.

Y ahora ¿qué?

Ahora que usted sabe qué hacer, ¿va a actuar, o desatenderá este precioso don que Dios le ofrece? Dios nos hace una invitación y una promesa por medio del profeta Isaías: “Buscad al Eterno mientras puede ser hallado, llamadle en tanto que está cercano. Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Eterno, el cual tendrá de él misericordia, y al Dios nuestro, el cual será amplio en perdonar” (Isaías 55:6-7).

En 2 Tesalonicenses 2:13-15, Pablo escribió: “Nosotros debemos dar siempre gracias a Dios respecto a vosotros, hermanos amados por el Señor, de que Dios *os haya escogido* desde el principio *para salvación*, mediante la santificación por el Espíritu y la fe en la verdad, a lo cual os llamó mediante nuestro evangelio, para alcanzar la gloria de nuestro Señor Jesucristo. Así que, hermanos, estad firmes, y retened la doctrina que habéis aprendido, sea por palabra, o por carta nuestra”.

Si Dios le está llamando, ¿responderá usted?

El apóstol Pedro también escribió: “Por lo cual, hermanos, tanto más procurad hacer firme vuestra vocación y elección; porque haciendo estas cosas, no caeréis jamás. Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 Pedro 1:10-11).

¡Este es el *único* camino a la vida eterna! □

¿Cuál es el verdadero día de reposo cristiano?

La ley promulgada por Dios está resumida en los Diez Mandamientos, los cuales son la guía básica que nos muestra cómo debemos conducirnos, cómo relacionarnos correctamente con nuestro Creador, con nuestra familia y con todos nuestros semejantes.

El mandamiento que casi universalmente ha sido tergiversado y mal aplicado es el que dice: "Acuérdate del sábado para santificarlo" (Éxodo 20:8). Muchas personas consideran el sábado como una curiosa reliquia de la historia; tal vez una idea bien intencionada del pasado, pero totalmente impracticable en el ajetreado mundo del siglo XXI.

Otros creen que el día de reposo cristiano es el domingo, y que al acudir una o dos horas a los servicios religiosos en la mañana del primer día de la semana se está cumpliendo con el propósito del mandamiento de Dios. Y no faltan quienes piensan que Jesucristo abolió el día de reposo, es decir, eliminó la necesidad de santificar algún día en particular, y que cualquier momento que escojamos para adorar a Dios es santo.

¿Por qué apartó Dios un día especial de descanso? Si tuvo un propósito al hacerlo, ¿cuál fue? Y ¿por qué hay tanta controversia en torno a este precepto del Decálogo cuando la inmensa mayoría de las personas, incluso los dirigentes religiosos, no tienen dudas acerca de los otros nueve?

Existen respuestas para todos estos interrogantes y no es difícil encontrarlas, porque se encuentran en las páginas de la Biblia. Usted puede descubrirlas con la ayuda del folleto titulado *El día de reposo cristiano*. Si desea obtener esta importante publicación —sin costo alguno para usted— sólo tiene que dirigir su solicitud a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto o descargarlo de nuestro sitio en www.ucg.org/espanol. □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. La iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas de esa iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del venidero Reino de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Nuestros ministros están disponibles para contestar preguntas y explicar la Biblia. Si usted desea ponerse en contacto con un ministro o visitar una de nuestras congregaciones, no deje de escribirnos a nuestra dirección más cercana a su domicilio.

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente.

Direcciones

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

CHILE

Casilla 10386
Santiago
Sitio en Internet: www.unidachile.cl
Correo electrónico: unidachile@unidachile.cl

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org/espanol
Correo electrónico: info@ucg.org

HONDURAS

Apartado Postal 283
Siguatepeque, Comayagua

MÉXICO

Sitio en Internet: www.unidamexico.mx